

el desconocido responde humildemente: "Bien sé que soy más que un pecador que comete muchas faltas."

Algun tiempo despues le sujeta el abad á otra prueba y le manda que vaya ayudar al hermano que sirve la cocina. El extranjero se inclina profundamente y se dirige á su nuevo empleo; pero no habiéndolo practicado nunca hace mil torpezas. El hermano cocinero se impacienta tan fuertemente que llega á darle golpes. El desconocido nada responde, pero el otro extranjero no pudiendo contener su indignacion, dice al cocinero: "Hermano, que Dios y Carlomagno os lo perdonen; *Frater, ignoscat Deus et Carlomannus*. "Pocos dias despues, una nueva falta provoca la misma escena, y el compañero del desconocido dice otra vez: "Hermano, que Dios y Carlomagno os lo perdonen; *Frater, ignoscat Deus et Carlomannus*." Por fin, una tercera torpeza causa el mismo tratamiento al pobre novicio. Entónces su compañero, dominado por la cólera, tomó una mano de mortero, pegó con ella al cocinero y le dijo: "Mal servidor, que ni Dios, ni Carlomagno te lo perdonen; *Nec tibi Deus parcat, serve nequam, nec Carlomannus ignoscat*."

Habiendo sabido esta querella el abad, mandó poner en prision al compañero del desconocido y al dia siguiente le hace comparecer ante el cabildo reunido. El acusado estaba de rodillas: "¿Por qué, le dijo el abad, habeis golpeado al hermano cocinero?—Porque he visto al más malo de todos los servidores golpear al mejor y más noble de todos los hombres.—¿Quién es, pues, ese religioso á quien llamais el más noble de todos los hombres?—Es nuestro príncipe Carlomagno que ha dejado su dignidad y la gloria del mundo por amor á Jesucristo." A estas palabras, todos los religiosos asombrados, el abad á la cabeza, se levantan de sus sillones de

coro, rodean al príncipe y le dan mil excusas. Pero olvidando lo que habia sido en el siglo: "Padres y hermanos míos, les dijo Carlomagno, vosotros os engaiais, yo no soy un príncipe, no soy más que un pobre pecador." Muy pronto por órden del Papa Estéban fué enviado el pobre pecador del Monte-Casino á la Francia, para tratar con su hermano Pepino de los grandes intereses de la paz de la Europa. Murió en este viaje y solo su cuerpo volvió al Monte-Casino en un ataúd de oro, en donde fué hallado en 1628. ¹ Esta historia del príncipe frances da lugar á una semejanza característica de la Edad Média y de la época actual. En los siglos de fe, la humildad, base de todas las virtudes cristianas, era considerada como la garantía de todas las virtudes sociales; el mérito, sobre todo, trataba de ocultarse.

Cuando un hombre, sin intrigas por su parte, era llamado á las dignidades, respondia temblando: "Vosotros os engaiais, no soy más que un pobre pecador;" y hacia grandes cosas. Hoy se procede de otro modo. Cualquiera que trata de llegar á las dignidades (¿y quién no las quiere?) manda tocar delante de sí la trompeta, se adelanta con la cabeza levantada en medio de la plaza pública, y subido en el pedestal de su orgullo grita á la multitud, cuyos sufragos mendiga: "Yo soy el más capaz, el el más virtuoso, el más digno." Luego, cuando llega al puesto, multiplica los errores, y muchas veces las bajezas. Esto debe ser así; pero ¡desgraciados de los pueblos entre quienes se practica semejante sistema! A los recuerdos sucedió la realidad. Vimos las clases en que los Benedictinos continúan formando la juventud en la ciencia y en las virtudes; de sesenta á setenta jóvenes componen su interesante colegio. En los momentos de nuestro tránsito, el

¹ Historia de la órden de San Benito, t. II, p. 11.

Monte-Casino contaba diez y ocho Padres, once novicios y trece hermanos. Su vida, dividida entre el estudio y la oracion, pasa á los ojos de Dios en una calma que ambiciona uno para sí, pero que ¡ay! no pasa los límites del claustro.

Apénas habiamos dejado á San German y vuelto á tomar á toda carrera el hermoso camino del valle, cuando nuestro coche se detiene bruscamente, vuelve atrás y permanece suspendido á la orilla del foso. *San Antonio!* San Antonio! tal era la única exclamacion del conductor. En un abrir y cerrar de ojos nos pusimos en tierra y vemos un desgraciado caballo con temblor en todos sus miembros, y que en sus movimientos convulsivos pudo precipitarnos á una profunda barranca. Para evitar otra desgracia mayor, se cortaron las guarniciones, y el animal, arrojando espuma, fué á caer á pocos pasos con las patas al aire. *San Antonio!* *San Antonio!* Qué desgracia! y el pobre cochero tiraba al suelo su sombrero, se arrancaba los cabellos y lloraba como un niño.

Los franceses, el inglés y el americano nos apresuramos á consolarle, á darle ánimo y tambien á socorrer al animal. Solo nuestro compañero el prusiano permanece inmóvil á la orilla del camino, fumando tranquilamente su pipa y gritando de vez en cuando al cochero: *Picaro, tú tienes la culpa; debiste darnos un caballo mejor*. Despues de largos esfuerzos fué levantada la desgraciada béstia y aun vuelta á poner al coche. El prusiano recobra su lugar gravemente, se ocupa de fumar y echar maldiciones; en cuanto á nosotros, ménos confiados, hicimos una parte del camino á pié y deciamos: Si en Francia sucediese semejante accidente, qué torrente de imprecaciones y de blasfemias saldrian de la boca del conductor! en Italia sale una invocacion piadosa. Nuestro desgraciado cochero invoca á San Antonio, porque segun

antigua costumbre, los animales se bendicen el dia de su fiesta y se ponen bajo su amparo particular.

Qué diferencia entre el pueblo que cree y el que no cree ya; en la desgracia, el uno ruega y el otro blasfema.

Eran las seis cuando llegamos al hotel aislado *dell'Amalfe*. Allí es estacion de una posta militar que vela al extremo de la frontera del reino de Nápoles. Visto el estado de nuestro tren, se decidió que pasaríamos allí la noche. Miétras cada cual se ocupaba en hacer los preparativos de su campamento, algunos bribones rodeaban el coche, lo examinaban curiosamente y se permitian subir los estribos para inspeccionar el interior. Sucedió que uno de esos jóvenes, percibiendo en la bolsa del fondo una soberbia pipa, tuvo á bien apoderarse de ella y desapareció; el propietario del objeto-robado era nuestro Prusiano. Al verse éste en el patio, su primer pensamiento es encender su pipa; la busca en sus bolsillos y en el coche y no la encuentra; pregunta por ella á todo el mundo; sube á su cuarto y vuelve gritando: *¡Me han robado mi pipa!* y juraba y se enfurecia. El cochero, testigo de aquella escena, le miraba inmóvil y repetía con una sonrisa maligna: *Excelencia, vos teneis la culpa; era necesario vigilar*. Poi fin uno de los soldados de la posta se puso á buscar al jóven ladron y al cabo de media hora trajo la pipa, que mediante dos carlinos, volvió á entrar á la bolsa del propietario.

4 DE MARZO.

Arce.—Arpino.—Recuerdos de Ciceron y de Mário.—Aquino.—Recuerdos de Santo Tomás.—Rocca Secca y el P. San German.—Ceprano.—Frosinone.—Ferentino.—Recuerdos profanos.—Prision de San Ambrosio.—*Angelus* de la tarde.—El hospicio de la Fuente.

La cadena de montañas que sigue á la derecha trae grandes recuerdos. Arce, cu-

yas ruinas se dibujan en el horizonte, pasa por la más bella vila de Atico, el amigo de Ciceron, y Arpino sentado en la altura es la patria del príncipe de los oradores romanos. Se coloca la casa de Ciceron en la callecita de la *Cortina*. Mário, nacido en el mismo lugar, no ha dejado otros recuerdos que su nombre. Cerca de allí percibí á Aquino y las ruinas del castillo en que Santo Tomás nació. Esta tierra fecunda en grandes hombres muestra tambien al caballero de Arpino, cuyos incontestables talentos, lisonjeados por el mal gusto, han ejercido en la arquitectura una funesta influencia.

La aldea de *Rocca-Secca*, que se dibuja en la misma llanura, es rica en antigüedades; recuerda á los amigos de la religion y de la ciencia, al célebre P. San German, misionero en las Indias durante veintiseis años. El sabio religioso, arquitecto y geógrafo, dirigió los trabajos del puerto de Rangoun, en el imperio Birman, dibujó una carta de este imperio, la más exacta que se conoce, y vino á morir en su patria en 1819.

Después de no sé cuántos rodeos en las montañas, baja por fin el camino á *Ceprano*. Esta pequeña ciudad, edificada sobre el Liris, es la primera de los Estados romanos; la poblacion nos pareció notablemente miserable. Conviene decir que el suelo es ingrato y que la falta de grandes comunicaciones no permite más que un débil desarrollo á la actividad de los habitantes. Hasta *Frosinone* sigue siendo el camino muy malo; pero la fisonomía de esa ciudad no se parece en nada á la de *Ceprano*; la belleza de los edificios, la regularidad de las calles, la comodidad y el bienestar que se advierte en muebles y compostura, todo anuncia el trabajo y la fertilidad del suelo. Desde la gran plaza se goza de un golpe de vista que pasa por ser el más hermoso de toda aquella

parte de la Italia y el palacio apostólico hace honor á la magnificencia de Gregorio XVI.

En dos horas de marcha llegamos á *Ferentino*, ciudad edificada sobre una montaña, y que presenta el mismo panorama que la precedente. Las murallas, de grueso travertino sin mezcla, acusan una alta antigüedad y prueban que fué un lugar de guerra muy importante; en sus inmediaciones tenia lugar la asamblea general de los pueblos del Lácio. Después de la conquista, Roma prohibió aquellas reuniones temiendo que llegasen á ser ocasion de algun levantamiento. No obstante, los Ecuos, los Volscos y los Hérmicos, á quienes pertenecia Ferentino, encontraron el medio de formar una liga poderosa, de batir á los Romanos y de apoderarse de Tusculo; pero batidos ellos á su vez por el cónsul Servilio, se vieron obligados á volver á sufrir el yugo romano.

No mencionaria este hecho de un interes secundario, si no recordase otro eminentemente propio para caracterizar las costumbres de Roma pagana. Trescientos niños habian sido dados en rehenes por los pueblos rebeldes. El cónsul Apio, á la primera noticia de su derrota, mandó conducir al Forum á aquellos trescientos niños á quienes después de haberles azotado con varas se les cortó las cabezas. Esta barbarie exasperó á los Hérmicos y á los Volscos; largo tiempo meditaron su venganza, pero cuando quisieron ejercerla era demasiado tarde; mañana veremos el campo de batalla en donde cayó, para no volver á levantarse, la antigua libertad de aquellos pueblos valerosos.

Inscripciones, estatuas, numerosas antigüedades entre las cuales se observa una tabla de mármol con caracteres de bronce, recuerdan las vicisitudes de Ferentino, su conquista por los romanos y los nombres más ó ménos conocidos de sus ciudadanos

y de sus gobernadores. Los Hérmicos, como todos los pueblos de Italia, participaron felizmente de la gran emancipacion cristiana; á la cabeza de los obispos de Ferentino, coloca la tradicion á un discípulo de San Pedro I. La semilla evangélica, ampliamente regada por la sangre de los mártires, produjo allí generaciones de héroes. En primera línea brilla un centurion que recibe todavia después de quince siglos los honores de un triunfo perpétuo en el lugar mismo en que alcanzó su gloriosa victoria. Ambrosio, veterano de los ejércitos imperiales, estaba de guarnicion en Ferentino cuando apareció el edicto de persecucion lanzado por Diocleciano. El generoso atleta, aprehendido y arrojado á las llamas, pasó por todo género de suplicios; pero de ellos sale lleno de ardor á nuevos combates que sostiene con intrepidez. El procónsul, avergonzado con tantas derrotas le manda volver á llevar á su prision, en donde recibe con el golpe de la muerte, la palma inmortal que le hace entrar en las filas del gran ejército de los mártires. Esto pasaba el 16 de Agosto del año 303. 2

Nos fué dado ver á aquel calabozo, cuya oscuridad, cuya humedad, cuyo horror y estrechas dimensiones rebelan el origen romano y recuerdan la prision Mamertina. En la catedral se admira la estàtua ecuestre del santo mártir, de plata maciza; este es un trabajo del siglo décimosexto. Ferentino posee muchos conventos, entre otros los de las Clarisas y de las Oblatas, cuya regularidad es verdaderamente ejemplar.

El dia declinaba ya y nos ocurrió pasar la noche en Ferentino. Sin embargo, se nos dijo que á tres leguas de allí, en el camino de Roma, encontraríamos el excelen-

1 Ughelli, Italia sagrada, de Ferentinat. episcop. p. 672.

2 Baron, an 303, n. 119.

te *albergo sotto la fontana*, y como estábamos de prisa nos volvimos á poner en marcha. Al bajar la montaña encontramos á las mujeres de la ciudad que venian de proveerse de agua en una fuente cuyo manantial brota á la entrada del valle. Su traje no puede ser más pintoresco, y sus cántaros de cobre conservan la misma forma que en tiempo de Horacio. A esta escena, que recuerda las costumbres patriarcales, sucedió bien pronto un espectáculo de un interes superior. Los labradores y los pastores volvian de los campos, unos conduciendo rebaños, otros llevando á la espalda sus instrumentos de trabajo, la piocha y la azada; todos conversaban alegremente, contentos con ir á buscar sus hogares y entregarse al sueño tan dulce para el hombre de los campos que ha llevado el peso del calor y del dia. Repentinamente el sonido argentino de muchas campanas anuncia el *Angelus*; y entonces, hubiérais visto á aquellas buenas gentes, jóvenes, niños y ancianos, quitarse su ancho sombrero fieltro, ponerse de rodillas en el camino y saludar juntos á la augusta Virgen, cuyo nombre destila en el corazon del pobre, aun más que en el del rico, la dulzura, la confianza y la paz. ¿Por qué nuestros artistas de la academia de Francia no reproducen esas escenas, á la vez tan pintorescas y tan tiernas?

Ya era de noche, pero una negra noche, cuando la berlina se detuvo delante del *albergo*. En la Edad Média, cuando al caer la noche, llegaban ilustres peregrinos ante una antigua morada, el centinela colocado en la torre de la gran puerta sonaba el cuerno, el puente levadizo se bajaba y los huéspedes hacian su entrada al resplandor de las antorchas. El cochero italiano no ha olvidado esta antigua costumbre. A los gritos repetidos de nuestro faeton, al chischar de su látigo, el del hotel aparece en la puerta con una lámpara en la mano.

«Patron, apresuraos á abrir; hé aquí nobles extranjeros que os piden hospitalidad: son numerosos, que se prepare la comida y las habitaciones.» Por toda respuesta á este lenguaje, digno de los trovadores, oímos estas palabras poco caballerescas: No hay lugar.—Abrid siempre; es necesario que yo meta mi coche.—La puerta es demasiado baja, no pasareis. Durante este diálogo nosotros bajamos; en un abrir y cerrar de ojos habíamos reconocido los lugares y nos constaba que habíamos caído en la más miserable *locanda* que habíamos encontrado en el camino. Quisimos seguir hasta Valmontone; imposible, el conductor nos previno que á ménos de un cuarto de legua comienzan las *Maremmes* 1 y que él no quiere pasarlas durante la noche. Cambiamos entre todos una mirada que queria decir: Es preciso resignarse.

Eran tales las dimensiones del hotel *della Fonta*, que para introducir á él el coche, fué necesario descargarlo y en esta operacion apenas pudo caber en el soportal. Además, desde Ceprano no habíamos tomado nada, y estábamos ganosos; pero ¡ay! nada de provisiones en el hotel; tres arrieros que llegaron ántes que nosotros habian absorbido todo. A fuerza de investigaciones se acabó por descubrir para nosotros en el fondo olvidado de un viejo armario algunos huevos de edad muy avanzada, dos pequeños pescados y cuatro naranjas. La comida duró el tiempo que tardó en decirlo y el hambre no se apaciguó. Para sofocar las reclamaciones muy legítimas del estómago, nos pusimos á jugar á la *morra*. Este juego favorito de los Italianos, ejecutado por Franceses, pareció divertir singularmente á nuestros hospederos, quienes nos dieron mil excusas por no

1 Nombre que se da en Italia á los terrenos que están aislados é inhabitables á causa de las emanaciones deletéreas que exhala el suelo impregnado de azufre y de alumbre.—N. del T.

recibir dignamente á tan nobles y amables extranjeros. «¿Teneis al ménos algunas buenas camas que darnos?—*Ecco Padroni, Ecco*. Hélas aquí, patrones, hélas aquí.» Y nos enseñaban dos montones de paja colocados en el ángulo de la pieza que servia al mismo tiempo de cocina, de comedor y de pasadizo de la calle á la caballeriza. No habia otro partido que tomar sino el de platicar ó dormir en pié; todo el mundo lo comprendió, ménos nuestro amigo el Prusiano, quien despues de haber huroneado por todas partes descubrió no sé qué bohardilla en la cual se tendió dos horas. Como á cosa de las doce le vimos llegar con los ojos inflamados y con sangre en la cabeza. «¿Habeis dormido bien?—Yo no he dormido; no sé qué pequeños animales me afligen y me suben hasta la cabeza.» Y al decir estas palabras, acogidas por una ruidosa hilaridad, hacia gestos y movimientos de manos que atestiguaban el número de sus heridas y la comezon que sentia.

Cuando él entraba, acabábamos de dejar á dos carabineros que llegaron al hotel á las diez de la noche. La vista de aquellos hombres armados hasta los dientes nos inspiró cierto miedo, pero bien pronto dimos lugar á la confianza. Aquellos militares vigilan el camino todas las noches, recorren las *Maremmes* y dan caza á los malhechores.

Nos hicieron saber que estábamos á dos millas de Anagni, que el camino estaba bueno y nos comprometieron para visitar aquella ciudad. La proposicion fué aceptada con tanto más gusto cuanto que esta excursion no debia impedirnos llegar á Roma el mismo dia.

5 DE MARZO.

Anagni.—Vila de Ciceron.—Catedral.—Cripta.—Sepulcro de San Magno y de Santa Olivia.—Archivos capitulares.—Manuscritos.—Carta de Bonifacio VIII.—Recuerdos.—Valmontone.—Campo de batalla del cónsul Fábio Ambusto.—Lago Regilo.—Vuelta á Roma.

Al despuntar el dia estábamos en *Anagni*. Esta ciudad, antigua capital de los Hérmicos, muy agradablemente situada, cuenta cerca de seis mil habitantes. Ciceron poseia de las cercanías su deliciosa vila de Amalteo, cuyos vestigios cuesta trabajo reconocer. Roma hizo dos veces la conquista de Anagni; como reina de la fuerza, por sus cónsules; como reina del amor, por San Pedro. El vicario de Jesucristo envió apóstoles á aquellos lugares que tocaban al sόlio de su imperio; y bajo Décio vemos al obispo San Magno sellar con su sangre la fe que habia enseñado á los habitantes de Anagni. Una ilustre virgen, Santa Secundina, fué la compañera de su triunfo 1. Nos fuimos directamente á la catedral. Este edificio, cuyo aspecto general inspira yo no sé qué dulces sentimientos de confianza y piedad, encierra un monumento de gran interes arqueológico. Este es una vasta crypta, ó más bien una iglesia subterránea del siglo undécimo. Su forma recuerda la de las iglesias primitivas; en ella se encuentran dos coros laterales además del coro ordinario, y una soberbia ábside adornada con frescos en los cuales brilla el doble carácter de grandeza y de sencillez del arte cristiano. Allí descansan los cuerpos de San Magno y de Santa Olivia, virgen no ménos ilustre que Santa Secundina, y, como ella, el objeto

1 Mamachi, *Antiquit. et orig. christ.*, t. II, p. 239; Baron., *Not. ad martyr.*, 15 de Enero; 19 de Agosto.

de la veneracion filial del pueblo de Anagni.

Cerca de la tumba de San Magno se lee este verso latino:

Extrahitur Verolis, acquirit Anagnia nummis.

«Es sacado de Veroli, y comprado por Anagni.» Esta inscripcion recuerda un hecho que prueba el piadoso empeño de los habitantes en poseer las reliquias de su apóstol. El cuerpo de San Magno habia sido trasladado á Veroli, pequeña ciudad entre Ferentino y Frosinone. Los Sarracenos arrasan aquella ciudad infortunada y las reliquias del glorioso mártir quedan en manos de su rey. El bárbaro lo manda decir á los habitantes de Anagni, agregando que está pronto á ceder aquel piadoso depósito mediante una suma de dinero. La ciudad ofrece al instante un rico rescate, consigne el cuerpo del mártir, lo deposita en una magnífica tumba y graba en ella el verso que eterniza el recuerdo de ese hecho incomprensible en nuestro siglo, pero muy racional á los ojos de la razon iluminada por la fe.

Uno de los canónigos quiso llevarnos á los archivos Capitulares. Nos enseñó muchos manuscritos muy raros, entre otros la célebre carta que contiene la nomenclatura de los ornamentos legados por el Papa Bonifacio VIII á la catedral de Anagni, de la cual habia sido canónigo, así como por Inocencio III, Gregorio IX y Alejandro IV. Esta pieza está en pergamino y se divide su texto en dos partes. La primera contiene el inventario de los ornamentos y comienza así: *In nomine Domine, Amen. Ha sunt paramenta quae donavit Ecclesiae Anagninae sanctissimus Pater D. Bonifacius, Papa VIII, diversis temporibus*. La segunda indica los objetos de oro y de plata regalados por el mismo Papa; se lee á la cabeza: *Hoc est inventa-*

rium argenti et auri laborati dati Ecclesiae Anagninae per praedictum D. Papam.

Vimos algunos de aquellos soberbios presentes, ménos preciosos por la riqueza de la materia y la belleza del trabajo, que por la mano que los ofreció. La gran figura de Bonifacio VIII se muestra en la pequeña ciudad de Agnani, con toda su majestad. Allí es donde se ve al digno heredero de San Gregorio VII, luchar intrépidamente contra la tiranía de los príncipes del mundo, y al salvar á la Iglesia de la opresion, salvar la libertad de los pueblos. Con este doble título, debía recibir, como el desterrado de Salerno, el ultraje de los déspotas y de sus satélites, y despues de su muerte el insulto y la calumnia de sus serviles biógrafos; ni una ni otra gloria le han faltado. Recorriendo las calles de Agnani se cree encontrar á cada paso á Nogaret y á Sciarra Colonne, poniendo sus manos parricidas sobre el rostro del Pontífice, y se cree oír todavía el sonido de sus bofetadas, las más sacrílegas de todas, despues de las que se dieron en la santa mejilla del Hombre-Dios. Aun despues de la tumba, el gran Papa ha sido perseguido y lo es todavía, por esa multitud de escritores anticatólicos, cortesanos de todas las tiranías y calumniadores jurados del papado y de sus actos.

Volviendo á tomar el camino de Roma, entramos muy pronto á los *Maremmes*. Se da este nombre á tierras arenosas cubiertas de plantas vetulíneas, de helechos y de algunos árboles raquíuticos; las que tenemos que atravesar tienen muchas leguas de extension. Las pasamos sin contratiempo y ántes de las doce estábamos en Valmontone. Esta hermosa aldea que debe su nombre á la altura en la cual está sentada, domina un ancho y fértil valle. A alguna distancia, del lado de Roma, se encuentra el campo de batalla en donde el cónsul M. Fabio Ambusto derrotó com-

pletamente á los Hérmicos el año de Roma 393. ¹ El teatro del combate es una llanura de mediana extension, cerrada por montañas, de modo que impide considerablemente las maniobras de la caballería. Así, cuando se comprometió la accion, la caballería romana echó pié á tierra y fué á combatir á la cabeza de la infantería. Los Hérmicos, que habian llamado á las armas á toda la flor de la juventud, la hicieron avanzar para sostener el choque. La matanza fué horrible; se batieron hasta la noche; por fin, los Hérmicos fueron vencidos, pero la noche impidió que se les persiguiera. El cónsul volvió á Roma y se contentó con la ovacion.

En aquel tiempo Roma preludiaba por la conquista de la Italia, la conquista del mundo; la victoria le era favorable por todas partes. A las doce percibimos el lago *di Santa Prasseda* (de Santa Praxedis), en otro tiempo el lago Regila. Tres años despues de la victoria, cuyo lúgubre teatro acabábamos de atravesar, el dictador Postúmio habia enrojecido de sangre de Latinos las aguas de aquel lago por esto famoso. Por fin, el ruido de las armas habia cesado, el silencio del desierto reinaba á nuestro alrededor; estábamos en el campo romano.

Al volver de Nápoles y despues de haber visto aquella ciudad tan brillante y tan animada, es cuando se encuentra uno en las condiciones favorables para apreciar la majestuosa tranquilidad de la ciudad eterna. Al entrar en ella se siente pisar otro mundo; y parece que intereses y pensamientos diferentes preocupan á las dos ciudades. En Nápoles y en las otras ciudades las cosas del tiempo; en Roma las cosas de la eternidad. En Nápoles y en las otras ciudades, la fisonomía móvil, el ruido tumultuoso de los negocios y de las

¹ Sigonius, Comment, in fastos et triumph, Rom., p. 66.

locas alegrías; en Roma, la inmovilidad de la fe y el solemne silencio de las ruinas. Estas diferencias que hacen de Roma una ciudad aparte en medio del mundo, la ponen en una misteriosa armonía con las necesidades íntimas del alma. De ahí viene sin duda el encanto poderoso que os atrae hácia ella, la dulce paz que allí os acompaña, el pesar tan vivo que os sigue al dejarla; sensaciones indefinibles que experimentan todos los viajeros en diversos grados, aunque el mayor número de ellos no esté en ningun modo preparado y aunque casi todos ignoren la verdadera causa.

6 DE MARZO.

Coremonia de la Rosa de oro.—Caridad romana en el orden moral.—Catequismo.—Archicofradía de Santa María del Pianto (del llanto).—Fiesta imperial.—Retiros de primera comunión.—Santa Lucta in Trastevere.—San Vito en el Esquilino.

Roma seguia preocupada vivamente con la conversion de M. Ratisbonne. Con el fin de unirle al reconocimiento general, celebré la misa en el altar de la capilla milagrosa; el mismo motivo llevaba allí á un gran número de fieles; porque en Italia un milagro es siempre un acontecimiento.

Era el cuarto domingo de Cuaresma, día en que se hace la bendicion de la rosa de oro. Para ser testigos de la ceremonia, nos dirigimos á la capilla Sixtina; pero ¿cuál es el sentido, cuál el origen de esta antigua costumbre? es necesario conocer la respuesta á estas preguntas, so pena de tener ojos para no ver. Antiguamente los Soberanos Pontífices se trasladaban á caballo, del palacio de Letran que habitaban, á la basílica de Santa Cruz en Jerusalem. Allí era la estacion del día, cuya misa comienza en todo el mundo católico por esta palabra: *¡Latave! ¡Regocíjate!* La Iglesia al llegar á

la mitad de la santa, pero penosa cuarentena, quiere dar valor á sus hijos é inspirarles una santa alegría, enseñándoles más de cerca el término de su penitencia y la corona inmortal que debe recompensar sus privaciones y sus combates. Además, con el fin de hacer más vivo y más popular este sentimiento de alegría, Roma lo simboliza en una rosa, la reina de las flores. Tal es el sentido de la poética oracion que acompaña todavía á su bendicion.

Despues del oficio, el Papa, teniendo en la mano la rosa bendita, la enseñaba al pueblo como el emblema de sus comunes esperanzas para el porvenir y de sus disposiciones actuales. Todavía con la rosa en la mano, era llevado el Pontífice al atrio de la basílica, por el prefecto de Roma vestido de púrpura y con calzado color de oro, quien sostenia el estribo para ayudar al Santo Padre á bajar del caballo. El Papa, estimando este testimonio de respeto, daba la rosa á aquel dignatorio, quien la recibia de rodillas y le besaba el pié. Más tarde los Soberanos Pontífices han acostumbrado enviar esta rosa á algun soberano, á una iglesia, á una persona eminente, algunas veces á los antiguos emperadores de Alemania en la época de su coronacion. Hoy se da á los príncipes y á las princesas, cuya piedad y cuya caridad quiere honrar el Santo Padre. La bendicion de la rosa de oro tuvo lugar por la primera vez, bajo el pontificado de Leon IX, en 1050; y el documento que fija esta fecha parece anunciar que se remonta mucho más atrás. ¹

La ceremonia se hace hoy en la sala de los ornamentos. Despues de las oraciones marcadas en el ritual, el Santo Padre unge la rosa con bálsamo y coloca en el centro, en donde hay un vasito cerrado con una rejilla de oro, un poco de aquel bálsamo con musgo; lo rocía con agua bendita, lo incensa y lo da al último clérigo de

¹ Constanzi, t. I, p. 15.